

La obra de Miguel Ángel Rodríguez Silva nace de la necesidad de interrogar a la pintura y cuestionar las limitaciones del soporte, albergando tras su aparente sencillez todo un complejo proceso técnico y de criterios, que durante todo el desarrollo de su trabajo se ha mantenido fiel al estilo del autor -depurado, lineal y sereno- donde color, luz, materia y forma se erigen como pilares fundamentales de su creación.

Su trabajo ha ido evolucionando desde la bidimensionalidad hasta la búsqueda de la elevación del plano, siempre en clave minimalista y autorreferencial. Por un lado, el artista se sirve del *gesto-accidente* de la pintura sobre la superficie -una interrupción en el color que alerta al espectador-, mientras que la obra de carácter tridimensional contiene implícitamente el deseo de hacer crecer a la pintura hacia los diferentes planos, provocando un conflicto entre ésta y el soporte, conduciéndola a un ámbito más cercano a lo escultórico: Cuando el soporte está en silencio, la pintura habla. Cuando el soporte es protagonista, la pintura calla'. En este caso, Miguel Ángel continúa investigando en torno a la condición orgánica de la pintura en contraste con la naturaleza inerte del metal, transgrediendo su propio modo de crear: la pieza es pictórica y escultórica, aún plano y relieve, color y espacio y la rigidez casi indomable del metal finalmente cede a la causa de la forma que es voluntad del artista.

Nos encontramos pues ante la limpidez pictórica, la impecabilidad de la forma, la coexistencia entre la sencillez y la complejidad técnica, donde no cabe ningún artificio -como tampoco se encuentran en la esencia de las emociones-. Y es que en la planitud del color existe intencionalidad de mimesis en un entorno de lo emocional; más que una representación externa, Rodríguez Silva induce a la asociación interna de la forma y el color como elementos más cercanos al sentimiento que a la razón, invitando al espectador a descifrar lo que de sí mismo hay en la obra.

En el trabajo de Rodríguez Silva nada puede darse por hecho, ya que cada pieza se expande mediante los desafiantes efectos de la luz, siempre provocadora de acontecimientos sobre las superficies como una suerte de gestualidad incontrolada e incontrolable, pero sin dejar nunca de lado una premisa fundamental: nada aparece en la obra que no sea imprescindible.

María Arregui Montero